

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

¡INSTRUIR PRIMERO A LOS PADRES! II

Bonfin, 26 de septiembre de 1976, Extracto

Lectura del pensamiento del día:

“El padre y la madre no deben ceder nunca a los caprichos de su hijo. Deben ser tiernos, deben estar llenos de amor, pero ser inflexibles. Cuando le han dado una orden al niño, deben exigir que éste les obedezca. Algunas madres ceden ante el niño porque llora y no quieren apenarle. Esto es enternecerse estúpidamente, porque, más tarde, el niño, mal habituado, se le subirá a la cabeza a los padres. La madre debe continuar estando llena de dulzura, no montar en cólera, no pegar al niño, pero tampoco debe ceder ante él, exactamente como la naturaleza, que permanece impassible ante las experiencias dolorosas del hombre.

Si el niño pone el dedo en el fuego, o en el hielo, las leyes de lo caliente y de lo frío no se modifican para ahorrarle sufrimientos. La naturaleza asiste impassible a los actos del niño, y por eso éste aprende a respetarla. Para el niño, la madre representa a la naturaleza, y, si ella no la representa correctamente, el niño ignorará que existen límites que no se pueden franquear y estará perdido. A menudo es a causa de la debilidad de la madre por lo que algunos niños se vuelven más tarde verdaderos verdugos”.

* * *

Sí, a menudo es el amor con pocas luces de los padres el causante de la desgracia de la familia, porque no supieron mostrar a sus hijos que existen unas leyes ante las cuales todo el mundo se ve obligado a inclinarse, tanto los padres como los hijos. Un niño al que se le ha dejado hacer todo lo que quiere nunca sabrá lo que es bueno y lo que es malo, y no será él el culpable, porque le habrán acostumbrado mal. Desde muy joven el niño debe empezar a aprender que existen leyes, y son sus padres los que tienen

que enseñárselas. “Sí, pero el pobre llora... ¡Pues que llore!” En cuanto el niño llora la madre cede, para que este pequeño querido no sea desgraciado. Y, entonces, se acabó, cederá toda su vida, se volverá su esclava, su hijo la maltratará. Y ella sufrirá, porque confundió el amor con la debilidad. ¿Llora el niño? Déjenle llorar, así ejercita sus pulmones, y mientras tanto comprende que hay reglas que hay que respetar y aplicar. Si ante la primera lágrima corrigen su decisión, el niño seguirá utilizando siempre los lloros para hacerles ceder y satisfacer todos sus caprichos. ¿Saben que el niño es más inteligente y astuto que su madre? Sabe servirse de las lágrimas para obligarla a ceder, y después se le subirá a la cabeza para hacer pipí sobre ella... ¿Qué quieren?, ¡así es como las madres hacen su aprendizaje!

Desde muy pronto el niño debe comprender que sus padres no van a obedecer sus caprichos; algunos años después ya es demasiado tarde. Cuando se dan cuenta de la gravedad de la situación, algunos padres se vuelven, de repente, inflexibles, ¡y qué lucha entonces! Hasta pegan al niño, pero no pueden sacar nada de él. Cuando el niño es muy pequeño es cuando hay que mostrar firmeza, y no será necesario pegarle después. Los padres deben llegar a vencer esta debilidad de querer complacer al niño porque es pequeño, porque así despiertan malas tendencias en su corazón y en su alma. Al contrario, justamente porque es pequeño, el niño aceptará las obligaciones, las reprimendas, las órdenes. Y, más tarde, cuando comprenda las cosas, amará a sus padres y les estará agradecido por haberle dado una buena educación.

Algunos padres no saben qué hacer para complacer a sus hijos, para divertirlos, y el resultado de este deseo tan exagerado de complacer a los hijos tiene consecuencias catastróficas. Tomemos solamente la cuestión de los juguetes. ¿Qué juguetes se fabrican para divertir a los niños? Revólveres, tanques, cañones, armas de todas clases. Hasta han llegado a fabricar guillotinas en miniatura... ¿Y qué hacen los padres? En vez de unirse para protestar y para que prohíban esta clase de juguetes, dejan que se hagan, e incluso los compran. Así es como preparan a pequeños bandidos. ¡Qué estupidez!, ¡qué ignorancia! ¿Cómo es que no han reflexionado en el hecho de que estos juguetes tendrán forzosamente repercusiones en el comportamiento y la mentalidad de los niños? Si algunos se convierten en monstruos es porque recibieron una educación aberrante de gente que no conocía las grandes verdades iniciáticas.

Ayer vi a un niño que hacía muecas extremadamente desagradables y antiestéticas. Le pregunté a su madre: “¿Dónde ha aprendido eso? – “¡Ah!

Su padre lo hace para divertirlo, y él le imita.” ¡Miren cómo educan a los niños! Para distraerles, para hacerles reír, les enseñan cualquier mueca estúpida, que luego los niños imitarán. Nunca hay que mostrar nada feo o estúpido a los niños, ni siquiera para distraerles. ¡Hay otras formas de distracción!

Los padres deben hacer solamente aquello que es educativo, inteligente, aunque no le guste al niño. Es éste el que tiene que aceptarlo y habituarse. El mundo entero busca solamente el placer, pero el placer es el peor de los guías, envilece al hombre y le hace volver al estado animal. Los padres ignorantes complacen a sus hijos porque los aman, supuestamente. Pero hay amor y amor. Deben escoger el amor que educa, que embellece, que fortifica a su hijo y le vuelve perfecto. Si no, la naturaleza humana es egoísta, ingrata, y correrán el peligro de fomentar este egoísmo y esta ingratitud por tener demasiada indulgencia. Por amor la gente quiere darlo todo a los hijos, pero la sabiduría aconseja privarles un poco de ciertas cosas.

Hablo, hablo, pero veo que los padres no van a darme la razón, porque encontrarán que mis consejos están en contradicción con sus métodos. Pero, si tienen problemas con sus hijos, necesitan mejorar sus métodos, ¿no?

En el pensamiento que acabo de leerles decía que no hay que pegar a los niños. En realidad, en casos excepcionales, una bofetada o un azote no puede hacerles daño. Sólo que, si le pegan a un niño, su mirada no debe expresar ni ira, ni hostilidad, ni ningún sentimiento negativo, porque el niño olvidará pronto la bofetada o el azote que le han dado, mientras que nunca olvidará una mala mirada: estará resentido por ello e incluso, tarde o temprano, tratará de vengarse. Tengan cuidado con su mirada si le pegan a sus hijos.

A menudo, los padres le pegan a un hijo porque éste les ha exasperado y han perdido la paciencia, lo que es una reacción muy mala. Las bofetadas y los azotes no deben ser el resultado del nerviosismo de los padres –perder los nervios no es un sentimiento pedagógico -sino de su deseo de hacer comprender al niño la existencia de reglas que hay que respetar. Por eso he dado, a veces, este método, que muchos, lo sé, encuentran extravagante: cuando una madre debe corregir a su hijo, debe controlarse a sí misma, mostrarle al niño que le apena pegarle, y hasta llorar –si puede hacerlo ante él, diciéndole: “No quisiera pegarte, pero me veo

obligada a hacerlo, porque has actuado mal y debes ser corregido.” Y después, venga... ¡el azote! Así, el niño siente que su madre está triste, que sufre, y que, por su culpa, se ve obligada a actuar de esta manera. Entonces reflexiona y acaba comprendiendo que existen leyes que no hay que transgredir.

Insisto en este punto, porque sé que los padres no acostumbran a tener mucho cuidado en la forma de corregir a sus hijos. Nunca le deben pegar a sus hijos cuando están irritados, porque dejan en sus cabezas una impresión de odio, de maldad, y no de justicia, cuando, precisamente, para su buena educación, debe sentir que son justos y que los corrigen por eso, porque son justos. Pero esta forma de hacer es también muy mala desde el punto de vista mágico. Cuando le pegan al niño en un acceso de ira, la corriente desarmoniosa producida por sus sentimientos se le comunica a él y produce efectos extremadamente destructivos. No van a mejorarle, pues, con estos métodos. La ira, que ha salido de ustedes bajo forma de corriente negativa, continuará actuando desfavorablemente sobre él durante meses, y años, y, de esta manera, sin saberlo, habrán entregado a su hijo a las fuerzas subterráneas que van a apoderarse de él. Ahí tienen la ignorancia de los padres que, en vez de ayudar y proteger a sus hijos, destruyen en ellos elementos sagrados, divinos, porque les han comunicado demasiadas fuerzas negativas salidas de su corazón. Esto debe estar prohibido de ahora en adelante.

Como no podemos educar a los padres de toda la Tierra, que al menos esta luz sea aceptada por los hermanos y hermanas de la Fraternidad. Que corrijan a sus hijos, puesto que es necesario hacerlo, pero sin este sentimiento diabólico, destructivo, que les expone a la influencia de todas las corrientes subterráneas. Porque hay otra cosa que los padres ignoran: en estas condiciones, cuando quieran después dirigir a sus hijos, no van a poder hacerlo; en vez de ser dóciles y obedientes en sus manos, serán dóciles y obedientes en manos de los espíritus indeseables. Ésta es una cuestión sobre la que deben reflexionar. Corrijan, pues, a sus hijos, pero sólo para volverlos conscientes de que existen unas leyes que no pueden transgredir sin exponerse a grandes peligros.

Esto es lo que hace la naturaleza. Es invierno, hace frío, y rompen un cristal de su ventana: tendrán que soportar las consecuencias, tiritarán. Por mucho que le digan a la naturaleza: “Tengo frío, ¿por qué no me das un poco más de calor?”, ésta permanecerá impasible, implacable, y serán ustedes los que van a verse obligados a someterse a sus leyes. Con respecto

al niño, la madre debe ser como la naturaleza: impasible e implacable, y, al mismo tiempo, mostrarle que ella misma también se somete a las leyes. Entonces inculca en el niño la idea de un orden, de una jerarquía, de una sinarquía, y se pueden esperar maravillas de un niño que ha sido educado con esta consciencia y este respeto a las leyes.

Evidentemente, no todos los niños son iguales. Y estamos, por tanto, obligados a educarles en función de su grado de evolución, de su temperamento, de su fuerza, de su salud, y de muchos otros factores. Existen tantos casos diferentes que no se pueden dar reglas generales y decir: “hagan esto”, o “hagan aquello”. Hay un método pedagógico particular para cada niño. Y, justamente, corresponde a los padres estudiar a sus hijos y mostrarse lo suficientemente inteligentes y perspicaces para saber qué método deben emplear con ellos.

Pero lo que es seguro es que, en todos los casos, los padres deben comportarse impecablemente ante sus hijos, y no mostrar ninguna debilidad, ninguna laguna. Se conocen casos de madres que tenían un amante, o incluso que, durante la guerra, se acostaban en los campos con un soldado del país enemigo. El pequeñito estaba allí, porque la madre no había podido dejarle sólo en casa, y miraba sin comprender. Pero, unos años más tarde, cuando se acordaba y comprendía, podía verse en su comportamiento con la madre los daños que esta escena había producido en él. ¿Por qué las madres son tan inconscientes? Hacen cualquier acto negativo delante de sus niños pequeñitos, pensando que éstos no graban nada. Pero sí, justamente, lo graban todo. Hay acontecimientos, de cuando tenía tres, cuatro, cinco años, que un hombre no puede olvidar jamás. Olvidará todo lo que le sucedió el día anterior, pero se acordará de lo que vivió hace sesenta u ochenta años.

Cuando los padres dejan ver que tienen debilidades, los niños se escandalizan, se perturban, se desorientan, ya no les queda nada a lo que agarrarse. Los niños buscan siempre, por instinto, apoyarse en seres que encarnen la justicia, la nobleza, el poder; todos llevan dentro de sí mismos una necesidad instintiva de justicia y de verdad, y, cuando ven que sus padres cometen un acto reprobable, algo en ellos se desajusta. Al niño, que se siente pequeño, débil, le gusta sentir por encima de él una autoridad infalible que le protege. Lo ignora todo, pero sabe que es débil, y por eso tiene necesidad de protección y se acurruca junto a su madre para sentir su calor. Y no sólo busca un apoyo en el dominio físico, sino también en el dominio psíquico. Por eso, cuando un niño comprende que su madre, o su

padre, no están a la altura de la situación, se siente perdido y se rebela. Éste es el origen de numerosas tragedias en las familias.

Un niño necesita, pues, que sus padres no dejen traslucir ninguna debilidad. Por eso también es muy malo que, después de haber dado una orden al niño, los padres acepten que éste no les obedezca. Cuando la madre ha dado una orden, debe exigir que el niño la ejecute, porque, si no, el niño se dará cuenta de que su madre no tiene ni voluntad, ni firmeza, y esta imagen que tendrá de ella será un obstáculo para su educación. Evidentemente, hay casos en los que esta intransigencia puede ser catastrófica. Supongamos que lo que el niño pide sea de naturaleza espiritual, y que tenga una madre grosera e ignorante que le impida realizar su ideal, porque éste sobrepasa demasiado su comprensión. Si la madre se muestra inflexible, puede hacerle mucho daño. Por eso, cada vez que se da una regla general hay que añadir matices y explicaciones.

Antes de pronunciarse, antes de dar un permiso o de negarlo de forma categórica, la madre debe medir muy bien las consecuencias. ¿Pero cómo podrá hacerlo si es ignorante y no tiene discernimiento? Es ella la que debe empezar por instruirse antes de pronunciarse, porque hay un gran número de factores a considerar; si el niño es suficientemente fuerte... si es buen momento... si va a ser para su bien... si posee dones particulares que haya que proteger... Incluso en lo que concierne a la comida, los padres deben tomar ciertos elementos en consideración y no forzar a los niños a comer aquello que encuentran bueno para ellos mismos.

Lo repito, pues: un padre, una madre, no deben exigir una obediencia absoluta antes de haberse preguntado: “¿Le estoy pidiendo algo bueno, justo, divino? ¿Es esto lo que su alma desea, profundamente, o bien será nocivo para su evolución?” Una vez que se hayan informado bien, que hayan visto y comprendido claramente lo que va a ser bueno para el niño, pueden dar su orden, su permiso o su negativa de forma categórica, irrevocable, y el niño debe inclinarse.

El niño debe comprender que existen leyes a las cuales sus mismos padres están obligados a someterse. Incluso los Iniciados obedecen a estas grandes leyes de la naturaleza, y, por otra parte, ellos son los primeros en respetarlas. Quizá respeten un poco menos las leyes humanas, que no siempre son justas, pero, ante las leyes divinas, ante las leyes eternas, universales, siempre están llenos de respeto y de sumisión. Es este respeto el que los discípulos de la Fraternidad Blanca Universal deben también

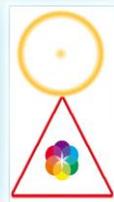
aprender y transmitir después a sus hijos.

Así que, compréndanme bien, hay que tener mucho amor a los hijos, por supuesto, pero hay que saber también cuándo y cómo manifestarlo. Hay momentos en los que no hay que mostrar el amor, sino servirse de la sabiduría; sólo así podemos verdaderamente hablar de un amor iluminado y benéfico. El amor débil es estúpido, es una catástrofe. Pero, tengan paciencia, todo será explicado; no puedo exponérselos todo en un solo día, en una sola conferencia. ¡Hay tantas cosas que aprender! La Ciencia iniciática es inmensa: desde hace treinta y siete años que les hablo, les he dado miles de conferencias, y ahora llegan algunos, leen dos o tres folletos, y se imaginan que ya lo han comprendido todo. ¡No! La vida es inmensa, la vida es rica, la vida es infinita. Hace falta mucho tiempo, muchas puntualizaciones para llegar a la claridad.

Volveremos a esta cuestión de saber cuándo debemos manifestar el amor y cuando debemos manifestar la severidad. Mientras tanto, reflexionen, estudien, observen. ¿Por qué el Árbol de la Vida descansa, justamente, sobre estos dos pilares: ¿la clemencia y el rigor?, ¿la misericordia y la severidad? Si quieren manifestar uno sólo de estos dos aspectos, los resultados no serán maravillosos. Pero, si saben servirse de los dos, avanzarán y llegarán a ser verdaderamente útiles.

En la educación de sus hijos deben absolutamente servirse de los dos, porque son responsables de su futuro y serán juzgados.

* * *



www.laenseñanza.org